

## Comprender comparando. Jalones de una búsqueda en historia y ciencias sociales

DEMETRIO CASTRO ALFÍN  
*Universidad Complutense*

RESUMEN.—La comparación es un recurso o una estrategia surgida con la práctica misma de la historia en Occidente, que, sin embargo, no ha logrado nunca una aplicación estable y convincente. La búsqueda de un estatus científico para la historia inspirado por la sociología durkheimiana vería en la comparación un método especialmente adecuado, cuyos resultados parecían prometedores de acuerdo con su aplicación en algunas disciplinas humanísticas y su conceptualización derivada de Mill. Las insuficiencias y limitaciones de que siempre ha adolecido en Historia son, no obstante, similares a las que caracterizan al método comparativo en otras ciencias sociales como la antropología o la ciencia política.

ABSTRACT.—The use of comparisons in History is a resort known from the very beginning of its West shape, but it never got as a useful practice. The pursuit of a 'scientific' status in History took from Durkheim's sociology a new stimulus with the comparative method used as a substitute of real experimentation, and valued also in Humanities, such as Philology. The inadequacies of the comparative method in History are not as different of those in Social Sciences as Anthropology or Political Science.

La propensión comparativista parece haber nacido con la práctica misma de la historia. Su remota matriz clásica estuvo determinada por una estructura de relato de lo particular, bien como mero recordatorio o registro de acontecimientos, al modo de los *anales*, bien como modelo de reflexión ejemplarizante y educativa. Pero aún en ese marco trazado para el conocimiento de lo singular tendría cabida la comparación, comparar para mejor conocer o ponderar el objeto individual; comparar también para relativizar ganando en ecuanimidad, otro de los primeros ideales del oficio. Podría hasta decirse que la comparación —como contraste, para enaltecimiento de lo propio— vertebraba el esquema historiográfico de Herodoto contraponiendo bárbaros a helenos, persas a griegos, autocracia a libertad. Pero hay muestras más concretas, como el pasaje de Tucídides (V, 26) en el que explica cómo su condición de desterrado en Tracia le permite ser más imparcial y comparar a peloponesios y atenienses. El principio tiene expreso reconocimiento en Polibio (I, 2) para quien, «*La originalidad, la grandeza del argumento objeto de*

nuestra consideración pueden comprenderse con claridad insuperable, si comparamos y parangonamos los reinos antiguos más importantes, sobre los que los historiadores han compuesto la mayoría de sus obras, con el imperio romano»<sup>1</sup>. Y alcanza con Plutarco, ya entre los siglos I y II d.C., expresión paradigmática en el cotejo moralizante de semblanzas de personajes griegos y romanos que constituye las *Vidas paralelas*, un esquema que, naturalmente con otros supuestos y enfoques, sigue rindiendo frutos estimables<sup>2</sup>. Esta exhumación de precedentes, que nada recomienda ampliar ahora, vale también para poner de relieve las insuficiencias de la comparación como mero recurso expositivo, como simple enumeración o glosa de analogías relativas al personaje, acontecimiento o fenómeno historiado. Si el uso asistemático y ocasional de la comparación puede proyectar luz adicional sobre determinadas facetas de lo que se expone, si su utilización como juego de ingenio puede dar brillantez al relato, poco, sin embargo, aporta al conocimiento profundo del pasado, y puede dar lugar, en cambio, a engañosos paralelismos anacrónicos. Otra cosa es la utilización metódica de la comparación, como recurso explicativo propio de las ciencias sociales, y por el que la historia se interesó desde que abrazó expresos propósitos científicos. El uso de la comparación por parte de las ciencias sociales y humanas y por parte de la historiografía a lo largo de dos siglos constituye la trama de historias, mas que paralelas, entrecruzadas, en algunos de cuyos episodios vale la pena reparar.

Dos grupos de ciencias afines a la historia desarrollaron la metodología comparativista y se interesaron en ella, dejándose ver su influencia efectiva desde finales del siglo XIX. Para no abundar en un proceso de cierta complejidad, que no es objeto de estas páginas en todos sus aspectos, bastará referirse al conocido artículo de Bloch con el que en 1928 hizo pública profesión de fe en el método comparativo y en su interés para los historiadores<sup>3</sup>. Se trata de un texto capital en la bibliografía del autor y de primera importancia en su orientación epistemológica, pues reelabora el contenido del «*projet d'enseignement*» preparado con ocasión de su primer intento de acceder al Collège de France<sup>4</sup>. No solamente esgrimiría Bloch para la ocasión sus méritos como medievalista, sino que pondría especial énfasis, por entender que con ello respondía al propósito originario de la institución para abrir nuevas vías al conocimiento, en su condición de pionero del comparatismo de lo que habría sido nuestra *Los reyes taumaturgos*. Y en efecto, su obra en general y aquel texto en particular descubren bien la deuda del comparatismo en historia para con otras ciencias. En primer lugar, y con más tradición, la lingüística comparada, un terreno hasta cierto punto familiar a Bloch, hijo de helenista, quien cita expresamente a Antoine Meillet, conocida autoridad en la materia y autor en 1903 de una acreditada *Introduction à l'étude comparative des langues indo-européennes*, punto de partida del comparatismo francés que continuaría su discípulo Marcel Cohen. Pero para entonces esta modalidad de estudio filológico tenía tras de sí un pasado casi secular

1. Cito por la traducción de M. Balasch Recort, Gredos, Madrid, 1981.

2. Es el caso del último y muy interesante libro de Allan Bullock, de bien expresivo título: *Hitler and Stalin: Paralled Lives*, Knoff, 1992.

3. «Pour une histoire comparée des sociétés européennes», en *Revue de Synthèse historique*, 46, 1928; 15-50. También en *Mélanges historiques*, Bibliothèque générale de l'Ecole Pratique des Hautes Études, VIe. Section, Paris, 1963; 1, 16-40.

4. Dumoulin, 1990; 88-89.

de creciente refinamiento en Alemania; desde los años de 1820 hubo en la Universidad de Berlín cátedra dedicada a lo que fue la remota forma de la lingüística indoeuropea, la *Vergleichende Grammatik*, de la que fue primer titular al estudioso del sánscrito y padre del comparatismo Franz Bopp (1791-1867). Por la cuestión se interesaron igualmente Guillermo Humboldt (1767-1835) y Jakob Grimm (1785-1863), alcanzando el método su madurez en la generación siguiente con August Schleicher (1821-1868), quien acentuaría el enfoque histórico-genético de la cuestión incluso con implicaciones darwinianas. Aquellos primeros investigadores no sólo unían el estudio de la lengua al de la historia y buscaban en las formas arcaicas la explicación de las variaciones idiomáticas, como haría especialmente Grimm en su *Deutsche Grammatik*, revisada y reelaborada entre 1819 y 1837, sino que perseguían poder formularla por medio de leyes, como la del *Lautverschiebung* o «ley de Grimm» sobre el desplazamiento consonántico.

Paralelamente, y junto al de las lenguas, se fue desarrollando el estudio comparado de las literaturas. Se trató de un empeño genuinamente romántico, basado en el reconocimiento de las literaturas nacionales, el interés de cualquiera de ellas, su valor estético al margen de cánones universales y el descubrimiento de las leyendas y cuentos populares como auténtica literatura oral (lo que acabaría llamándose *Stoffgeschichte*). Sus primeros formuladores fueron hombres como Jean Jacques Ampère (1800-1864), quien denominaría sus lecciones en el Collège durante la década de 1830 «historia comparativa de las artes y las literaturas»; poco después de su muerte, y en un artículo referido a él, Sainte-Beuve forjaría el término *littérature comparée* que tendría pronta y general aceptación para designar tanto un campo de estudios literarios como un método para llevarlos a cabo. No sin la consiguiente aportación positivista desde mediados de siglo, campo de estudio y método experimentarían un amplio proceso de formalización e institucionalización del que serían muestras la aparición de síntesis (como la *Comparative Literature*, de M. H. Posnett, 1886), revistas especialistas (como la *Zeitschrift für Vergleichenden Literaturgeschichte* publicada por Max Koch desde 1887 y el *Journal of Comparative Literature* de G. E. Woodberry, desde 1903), o la celebración de congresos internacionales (el primero en París en 1900). Con la fundación por Fernand Baldesperger en 1921 de la *Revue de littérature comparée* la disciplina experimentó una significativa reorientación hacia su concepción actual como «historia de las relaciones literarias internacionales»<sup>5</sup>. Con expreso repudio de la mera comparación literaria el interés se desplazó hacia un terreno más amplio y hasta cierto punto impreciso, vinculado a las modificaciones que sobre sus préstamos lleva a cabo cada tradición literaria nacional o cada autor, la interpretación de las influencias o la resistencia a las mismas. En una palabra, se acercó a la historia de las ideas, contribuyendo decididamente a su desarrollo, como revela la participación junto a Baldesperger de Paul Hazard (1879-1944) en la *Revue de littérature comparée* que llegó a dirigir. En todo caso la literatura comparada continuó asentándose en una firme base historiográfica (aunque sólo fuera por el afán de establecer los «contextos») y en una concepción genética de los fenómenos literarios, sólo comprensibles desde una perspectiva diacrónica.

El otro gran estímulo para el comparatismo historiográfico del que es representante Bloch en el período de entreguerras, provino, como algunas otras cosas, de Durkheim. El

5. Guyard, 1957; 11.

importante efecto de sus ideas sobre el mundo académico de los historiadores no requiere ponderación, al haber abierto el debate, no poco agrio en sus primeras fases y nunca satisfactoriamente resuelto, del «diálogo», la «comunicación» y, en suma, las relaciones entre historia y sociología. La cuestión interesó a los historiadores, o, por mejor decir, a una parte de ellos durante los años del cambio de siglo y si bien los más –encabezados por las primeras figuras, Rambaud, Lavissee o su discípulo Seignobos– se inclinaron a confirmar la autonomía y suficiencia de los métodos tradicionales de la historia, los efectos en lo que hace a innovación de enfoques y ampliación de objetos de interés se harían visibles en la generación siguiente, la de Febvre y Bloch. Yendo a lo que aquí interesa, Durkheim no sólo haría de la sociología una ciencia de la comparación, sino que asentaría en la misma comparación la posibilidad de una historia científica. En efecto, en *Las reglas del método sociológico* (1895) abre el capítulo sexto con una afirmación categórica, sólo hay una forma de demostrar que un fenómeno sea causa de otro: comparar los casos en que están presentes o ausentes y buscar si las variaciones que presentan las diferentes combinaciones de circunstancias prueban la dependencia de uno respecto del otro. Si eso es factible a voluntad del investigador, en circunstancias controladas, el método es experimental; si, por el contrario, sólo cabe la observación cuando las relaciones de fenómenos se producen espontáneamente el método es de experimentación indirecta «o método comparativo»<sup>6</sup>, y por tanto, éste es el único «conveniente» para la sociología. Aunque sin mencionarlo expresamente, Durkheim centra las variantes del método principalmente en las modalidades de la inducción establecidas por J. Stuart Mill en su *Sistema de lógica* (1843), es decir, de las concordancias, de las diferencias y de las variaciones concomitantes, y concluye que aunque en la investigación sociológica quepa aplicar todos los procedimientos del método comparativo, es el de variaciones concomitantes el que ofrece mejores condiciones de aplicación, al no exigir que hayan de excluirse todas las variaciones distintas a aquéllas que se comparan<sup>7</sup>. Este procedimiento parte del supuesto básico de que en un universo suficiente de casos cuando dos fenómenos se modifican de modo correlativo, cabe deducir que existe entre ellos relación, bien porque sean ambos efecto de la misma causa, o porque haya un tercer factor que resulte efecto de uno y causa de otro<sup>8</sup>.

Durkheim utilizó especialmente este procedimiento en *El suicidio* (1897), una de sus obras capitales animada, en el estudio de un fenómeno determinado, del propósito de demostrar la validez empírica de sus concepciones sociológicas. En concreto se proponía demostrar el carácter de hecho social (y no de agregado de hechos individuales) del suicidio y lo adecuado de su explicación a través de factores sociales y no, como habitualmente se pretendía, como una psicopatología u otras posibles causas (herencia familiar,

6. Durkheim, 1988; 182.

7. Idem; 186-87.

8. Sobre el procedimiento de las variaciones concomitantes de Mill y su cuestionable aplicación a las «ciencias morales» v. Gangemi, 1991; 53-56. También las observaciones de Axtmann, 1993; 66-68. Durkheim había considerado el procedimiento como algo distinto del que la diferencia al que, en el fondo, se reducen los señalados por Mill, así como que no es necesario el control de la tercera variable en el procedimiento de variaciones concomitantes («no es necesario que hayan sido excluidas rigurosamente todas las variaciones que sean diferentes de aquéllas que se comparan», Durkheim, 1988; 187).

raza, abandono de pautas morales)<sup>9</sup>. En dos pasajes significativos recurre a las variaciones concomitantes para aclarar correlaciones equívocas: por un lado las estadísticas revelaban un significativo incremento de la tasa de suicidio en los meses cálidos del año, de tal suerte que podría inferirse que el verano causaría ese aumento; por el contrario Durkheim establece la existencia de un tercer factor de carácter social que sí sería la verdadera causa: la intensificación de la vida social que la más larga duración del día solar hace posible en esa época del año. Más conocido es el pasaje en el que analiza la incidencia del suicidio en grupos de población de distinto credo religioso, siendo ésta mucho más alta entre protestantes que entre católicos. Al no haber ninguna diferencia positiva en cuanto a la condena del suicidio en el dogma católico y en el de las iglesias protestantes, la razón habría que encontrarla en otros factores, tal como la superior integración social que proporciona la comunidad católica frente a las protestantes, lo que podría expresarse en términos axiomáticos diciendo que el crecimiento de la tasa de suicidios es inversamente proporcional al grado de integración comunitaria.

Un *modus operandi* similar subyace en la explicación de Bloch; a la pregunta de qué es comparar en el dominio de la historia responde, «elegir en uno o varios medios sociales diferentes dos o más fenómenos que, a primera vista, parezcan presentar entre sí algunas analogías, describir las curvas de sus transformaciones, comprobar las semejanzas y las diferencias, y, en la medida de lo posible, explicar unas y otras»<sup>10</sup>. Durkheim no sólo sostuvo, en *Las reglas del método sociológico*, que la sociología comparada no podía ser confundida con una rama de la sociología general, presentándola como la esencia de la misma, «en tanto que deja de ser puramente descriptiva y aspira a dar cuenta de los hechos», sino que vinculó la condición científica de la historia a la comparación. Al presentar el primer volumen de *El año sociológico* (1896) afirmaríase categóricamente «la historia no puede ser una ciencia más que en la medida en que explica y no puede explicar más que comparando»<sup>11</sup>; no es posible ni siquiera la mera descripción sin comparación implícita, de modo que la historia ganaría en entidad en la medida en que sus cultivadores superasen la limitación espacial y temporal de su objeto de estudio interesándose por las cuestiones de orden general derivadas de la ampliación de su mirada a países y épocas diferentes de los concretos de que se ocupen. Si hasta aquí no es difícil que pudieran seguirle al menos una parte de los historiadores, las diferencias, en el fondo insalvables, surgirían de la conclusión que Durkheim defiende: «desde el momento en que establece comparaciones la historia deja de diferenciarse de la sociología» augurando la confusión o síntesis de una y otra, historia y sociología, en una disciplina común<sup>12</sup>. Algo más tarde, en 1903, y en el n° 6 de la publicación, abundaría sobre lo mismo: la historia sólo podrá ser tenida por ciencia a condición de que se eleve sobre lo particular y dejando de ser lo que es se convierta en rama de la sociología, ocupándose de tipos y leyes mediante la estructura comparativa y la teoría analítica; puede la historia continuar siendo disciplina diferenciada en tanto se limite al estudio de

9. Las críticas al trabajo de Durheim, desde la validez de su material estadístico a los supuestos básicos de su concepción, han venido siendo continuas desde hace casi un siglo, hasta constituir todo un capítulo de la historia de la sociología.

10. Cito por la edición de 1963; 17.

11. Durkheim, 1988; 217.

12. Idem; 217-18.

cada individualidad nacional, pero sin pasar de ser narración y reducirse a un objeto meramente particular, sin otra función que facilitar a las sociedades el recuerdo de su pasado; habría, pues, una «historia científica o sociología» y una «historia como arte»<sup>13</sup>. Es decir, la obtención de un estatus científico por parte de la historia, que sólo le sería posible en tanto en cuanto pudiera servirse de la comparación para explicar, representaría su desnaturalización, su metamorfosis en un saber sólo parcialmente vinculado a lo que tradicionalmente había sido. Quizá en el pensamiento maduro de Durkheim pudiera haberse dado una síntesis de método histórico y método comparativo en una única metodología de explicación<sup>14</sup> pero de manera inmediata sus posiciones sólo servirían para reafirmar en sus convicciones y sus usos a los adeptos al método histórico, es decir, el examen crítico de documentos para establecer hechos pasados de los que son indicios, un método de razonamiento y no de observación.

Hay otros plausibles sugerimientos tras la atención de Bloch por la comparación, cual es el ejemplo de la antropología, disciplina que inspira, como generalmente se reconoce, buena parte del planteamiento de *Los reyes taumaturgos* y que por la atención que le mereció ha llevado a situarle entre los precedentes o los pioneros de la antropología histórica y, en todo caso, a destacar el vínculo entre antropología y comparación en su obra<sup>15</sup>. Desde mediados del siglo XIX, y hasta el período de Entreguerras cuando el funcionalismo de Malinowski impuso la concepción de las culturas como sistemas cerrados, los antropólogos se valieron de modo casi general del método comparado. Tanto los evolucionistas como los difusionistas estaban prácticamente obligados a hacerlo para sostener sus respectivas teorías. Los primeros para ilustrar la hipótesis de que todas las culturas o todos los grupos humanos habían atravesado análogos estadios de cambio en un proceso que iba de la simplicidad a la complejidad de manera que las sociedades más sofisticadas conservaban en sus instituciones y usos vestigios de fases más simples y universales –el matriarcado, el totemismo, etc.–, con cuyo estudio el antropólogo podía reconstruir esas fases y por medio de la comparación verificar el fondo cultural común de sociedades ‘primitivas’ y ‘evolucionadas’. Como escribiría por ejemplo. J. F. MacLennan «todas las razas humanas han experimentado, de manera general, un desarrollo, del mismo carácter, a partir del salvajismo» y «donde quiera que observemos formas simbólicas podemos afirmar que correspondieron a realidades en el pasado del pueblo que las emplea»<sup>16</sup>. Las distintas escuelas difusionistas, aun reaccionando contra las simplificaciones del evolucionismo, partían de supuestos comparativos no tan distintos, al tener que establecer las similitudes y analogías que permitieran sustentar sus hipótesis sobre los contactos y relaciones por medio de los cuales dar explicación a la difusión por diferentes regiones de instituciones y técnicas a las que, por su supuesto básico de la limitada capacidad heurística del ser humano, no se podían reconocer más que un único origen temporal y geográfico. En uno y otro caso, pues, la comparación era el método básico pero el empleo de la misma frecuentemente objetable, en particular, por el extendido abuso de aislar un fenómeno, un rasgo o un objeto y ponerlo en relación comparada con

13. *L'Année Sociologique*, 1903, 6; 124-25, citado por Bellah, 1959; 448, n. 12.

14. Bellah, 1959; 452.

15. Tardits, 1990 y Goody, 1990.

16. *Studies in Ancient History*, 1886; 301, 5. Citado por Lowie, 1971; 45. Mercier, 1969; 36-38. Leach, 1975; 173-75. Caro, 1949; 22-24.

uno análogo de una cultura a veces muy alejada espacial y formalmente, abstrayendo uno y otro de sus respectivos contextos, único marco en el que podían ser realmente significativos. En realidad puede resultar algo equívoco hablar, en relación con esta etapa de la formación científica de la antropología, de '*método comparativo*', en el sentido de que, en realidad, no hubo ni entendimiento ni aplicación uniforme de un sistema de estudio, como tampoco aceptación general de su validez científica. La presentación más elaborada la llevó a cabo E. B. Tylor en 1889 ante el Royal Anthropological Institute<sup>17</sup>, pero muy poco después, en 1896, el método sería sometido a severo examen por parte de Franz Boas<sup>18</sup> quien concluiría reputándolo estéril tal como se practicaba y considerándolo posible y útil sólo cuando pudiera aplicarse a fenómenos derivados de un origen común y registrados en áreas suficientemente próximas; en tal sentido Boas se pronunció por el llamado '*método histórico*' o de reconstrucción de los procesos sociales y culturales diferenciables en cada grupo humano objeto de estudio. En realidad, la trascendencia del punto de vista de Boas estuvo en inculcar a sus numerosos discípulos, y, en general, en buena parte de la antropología norteamericana, una permanente desconfianza por la comparación y las generalizaciones fundadas en ella<sup>19</sup>. La comparación sistemática y a gran escala tendría continuidad en cualquier caso, en la escuela antropológica encabezada por G. P. Murdock e institucionalizada en la revista *Ethnology* a partir de 1962 y en los *Human Relations Area Files* de Yale desde 1937-38, y base de la metodología transcultural (*Cross-Cultural Methodology*) desarrollada ya en la segunda posguerra.

Este aspecto institucional no resulta en manera alguna irrelevante; el desarrollo de los enfoques comparados encontraba, por los días de Marc Bloch, una dificultad añadida en este terreno a las ya de por sí arduas de concepción y práctica. Además de la ya consolidada red de publicaciones consagradas a la literatura comparada, sólo una iniciativa parece destacar en los años siguientes a la Primera Guerra; se trata del Instituto para el estudio comparado de las civilizaciones, establecido en Oslo en 1919, y a cuyas actividades prestó algún interés el propio Bloch, reseñándolas en *Annales*<sup>20</sup>. De hecho ese instituto, y la propia referencia de Bloch lo deja ver, nació inspirado por un espíritu de concordia pacifista muy propio del clima de posguerra, buscando la superación de los nacionalismos, pero no parece que sus contribuciones científicas alcanzaran especial relevancia. Muy distinto sería el clima intelectual posterior a 1945, cuando una serie de factores de diferente índole contribuyeron a despertar y sostener el interés por los estudios comparados en el ámbito de las ciencias sociales. Habría de contar, en primer término, una circunstancia de lugar, al haberse desplazado el centro de gravedad de la producción intelectual a los Estados Unidos, en el seno de una sociedad multicultural (o más exactamente, con importantes subculturas y núcleos de población de distinta proce-

17. «On a method of Investigating the Development of Institutions; Applied to Laws of Marriage and Descent», *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 1889; 24-269. Reproducido en Frank W. Moore (ed.), *Readings in Cross-Cultural Methodology*, HRAF Press, New Haven, 1961; 1-28.

18. BOAS: «The limitations of the comparative method in anthropology», *Science*, 4, 1896; 901-908. Reproducido en *Race, Language and Culture*, The Macmillan Co. Nueva York, 1940.

19. Eggan, 1975 [1954]; 186. Reproducido en Llovera, 1975; 179-202.

20. Valensi, 1990; 308.

dencia e incorporación reciente; plural en suma), y unas comunidades científicas nutridas por investigadores llegados de múltiples lugares. En una palabra, aspectos de la propia sociedad, no toda anglosajona y protestante, y el cosmopolitismo de los centros de investigación y de los campus era, de por sí, una sugerencia para abandonar los enfoques cerrados y localistas y establecer acercamientos a cuestiones de interés transnacional o abordar los casos nacionales en relación a otros próximos o equiparables. En segundo lugar, la gran cuestión del período de la Guerra Fría fue para las ciencias sociales la de la modernización política y económica, la transformación de las sociedades tradicionales de lo que diera en llamarse Tercer Mundo, objeto que necesariamente imponía el abandono de las concepciones etnocéntricas y singularizadoras y la adopción de enfoques comparados. En estas condiciones proliferaron los equipos de trabajo y las iniciativas académicas bajo la pretensión de desarrollar proyectos de estudios basados en la comparación: así, por ejemplo, el Committee for the Comparative Study of New Nations en la Universidad de Chicago, con Clifford Geertz y Edward Shils; el Carnegie Group in Comparative Development, en Berkeley, donde coincidieron Apter, Smelser, Lipset y Reinhard Bendix (ese fue el ámbito en el que se gestó *Estado nacional y ciudadanía*, aparecido en 1964); y muchas otras iniciativas de carácter regional (por ejemplo, el West African Comparative Analysis Project, financiado por la fundación Carnegie y en el que trabajarían el ya citado Apter y J. S. Coleman) o programas llevados a cabo fuera de los Estados Unidos aunque directamente inspirados en lo que allí se hacía (sin que sea posible dejar de mencionar el desarrollado por Eisenstadt en la Universidad Hebrea de Jerusalén)<sup>21</sup>. Para la historia esos trabajos tendrían un interés que no es necesario recordar en detalle; baste tan sólo hacer referencia a su repercusión para la historia económica y, por otro lado, la importancia reconocida al estudio del pasado de cada sociedad como factor explicativo de sus peculiares pautas de cambio, abandonando los iniciales esquematismos monolineales<sup>22</sup>. Un doble proceso, pues, de vinculación con las ciencias sociales (con sus problemas y sus métodos) y de aplicación de análisis comparados, que se materializaría institucionalmente con la aparición de *Comparative Studies in Society and History*, bajo la inspiración de Sylvia Thrupp, en el otoño de 1958. Thrupp, que como medievalista interesada en la historia económica, no se ocupaba de los procesos de industrialización o de modernización en general ni del período histórico del surgimiento de las «nuevas naciones», había publicado el año anterior un ar-

21. S. N. EISENSTADT: *A Sociological Approach to comparative Civilizations. The Development and Directions of a Research Program* The Hebrew University of Jerusalem, Jerusalén, 1986.

22. P. ej. el representante de la escuela comparativista jerosolimitana citado en la nota anterior, Eisenstadt, subraya la importancia que es necesario otorgar a las tradiciones históricas y experiencias de cambio de cada «civilización» para entender sus respuestas a la modernización (Eisenstadt, 1986; 3. También «The Civilizational Dimensions of Politics: Some Indications for Comparative Analysis», en Rustow y Erickson, 1991; 54-71), y Bendix abre su estudio sobre Estado nacional y ciudadanía afirmando que «los sucesos del pasado y la diversidad de estructuras sociales conducen a diferentes vías de desarrollo, aun cuando los cambios tecnológicos sean idénticos», por lo que «las antiguas y más simples teorías de la evolución son sustituidas (...) por el interés en estudios comparativos de la modernización económica y política» (Reinhard Bendix, *Estado nacional y ciudadanía*, Amorrortu, Buenos Aires, 1974; 13). Cf. *infra* la reproducción de estos conceptos en el marco de la política comparada.

título sosteniendo las posibilidades metodológicas de la comparación<sup>23</sup> y con su iniciativa ponía de relieve la aplicabilidad y validez de esos enfoques para cualquier momento y especialidad histórica. Quizá tengan razón quienes alegan que *Comparative Studies in Society and History* sólo ha cumplido parcialmente su programa inaugural de integrar disciplinas y fomentar la comparación<sup>24</sup>, aunque sea eso en gran medida opinable; lo cierto es que se trata de una publicación sin la que no es posible conocer una de las orientaciones predominantes en la historiografía del último cuarto de este siglo, y fundamental para el desarrollo de la sociología histórica y algunos de sus más brillantes temas. En cierto modo la historia que mayor predicamento ha alcanzado a lo largo del siglo XX ha sido, precisamente, aquélla que más se puede identificar con los presupuestos que animaron los orígenes de aquella publicación, incluso *avant la lettre*. La comparación, junto con la incorporación de conceptos procedentes de las ciencias sociales, es la base de la indagación y explicación de grandes procesos históricos y sociales como las revoluciones (desde la obra pionera de Crane Britton, 1938, a Skocpol, 1979), el surgimiento de sistemas políticos democráticos o dictatoriales (Barrington Moore, 1966); la evolución y diversidad de la comunidad política y la autoridad (Bendix, 1964), o la formación de entidades imperiales regidas por burocracias centralizadas (Eisenstadt, 1963)<sup>25</sup>.

Una parcela particular de las ciencias sociales experimentó en estas décadas de la segunda mitad del siglo innovación particular bajo el incentivo de la comparación, la ciencia política, hasta el punto de abrirse todo un nuevo ámbito o subcampo de investigación, la política comparada que tal vez sea el más sistemáticamente cultivado en la actualidad. El estatus de la *comparative politics* en la tradición politológica norteamericana conserva, desde el origen, una cierta ambigüedad, por cuanto una enraizada concepción tiende a etiquetar como «política comparada» todo cuanto escapa al dominio de lo específicamente estadounidense<sup>26</sup>, estableciendo el concepto sobre una base geográfica y no específicamente metodológica. Esta segunda concepción, no obstante, tenía ya presencia en el período de Entreguerras en lo que constituiría una primera etapa, o casi una prehistoria, de la *Comparative politics*. En aquellos momentos se centró en el análisis de los sistemas políticos (o lo que hoy llamamos así) de los países europeos contraponiendo preferentemente los rasgos más sobresalientes de los respectivos marcos institucionales (presidencialismo o parlamentarismo, federalismo o unitarismo, etc.). Se trataba de una práctica de estudio falta todavía de elementos conceptuales propios y de metodología específica, dominada por un enfoque predominantemente formalista y legal o constitucionalista, análogo al Derecho político comparado cultivado en Europa<sup>27</sup>. Co-

23. Thrupp, 1957.

24. Grew, 1990; 325.

25. Los contenidos y presupuestos metodológicos propios de estas bien conocidas obras son objeto de atención en otros trabajos de este número.

26. Mayer, 1989; 12 («generally any work concerned with governments outside the United States are assigned to the field of comparative politics»). Sartori, 1991; 26 («Nella struttura didattica delle Università statunitensi la demarcazione di rito è tra politica americana e politica comparata, dove quest'ultima dizione sta per 'altri paesi'»).

27. La tradición continental del derecho constitucional comparado, y en general del *Rechtsvergleichung*, es larga e ininterrumpida especialmente en la doctrina italiana (cf. p. ej. P. BISCARETTI DI RUFFIA, *Introduzione al Diritto costituzionale comparato*, Milán 1969 y múltiples reediciones;

mo para la generalidad de las ciencias sociales la situación cambió tras la Segunda Guerra Mundial, en parte por el planteamiento de los nuevos problemas del cambio social, el desarrollo económico y el surgimiento de nuevos países independientes, y en parte por una cierta ruptura teórica que se haría evidente con la publicación del libro de Roy Macridis, *The Study of Comparative Government*, en 1955<sup>28</sup>. Macridis elaboró una enérgica requisitoria contra el enfoque formal tradicional, abogando por un desarrollo de la política comparada centrándose en aspectos funcionales y de comportamiento político, como los partidos, los grupos de presión, los mecanismos de toma de decisiones, etc. Pero desde luego las cuestiones vinculadas a los procesos de desarrollo o crecimiento, que para una parte notable de los politólogos americanos habrían de tener como salida natural la democracia de corte occidental y planteaban, por tanto, la necesidad de prepararla, serían el medio intelectual y la base institucional adecuados para el desarrollo de la política comparada. Tanto los recursos públicos como los privados se volcaron en subvencionar estudios concebidos en ese esquema y en el marco teórico del funcionalismo parsoniano que es en lo que se apoyaría el *Committee in Comparative Politics* del *Social Science Research Council*, mentor de una bien conocida serie de estudios sobre el desarrollo político en sus diferentes facetas publicada a lo largo de la década de 1960 por la editorial de la Universidad de Princeton. A esa serie pertenecerían trabajos clásicos firmados por James S. Coleman, Gabriel Almond, Lucian Pye o Dankwart A. Rustow entre los más conocidos, producto de un grupo configurado a medias como escuela y como trust, que, al monopolizar en cierto modo este terreno de estudios ocasionaría reacciones contrarias al final de la década<sup>29</sup>. Sea como fuere, las insatisfacciones tanto teóricas y metodológicas como las de índole política e ideológica suscitarían serias críticas al enfoque del *political development* como aplicación preferente de la política comparada y el despliegue de otros alternativos, especialmente la teoría de la dependencia. Pero, en realidad, la política comparada no había sido tan uniforme; al margen del grupo predominante pero con audiencia propia quedaron figuras de tanta significación y tan opuesto planteamiento como Walt Whitman Rostow o Samuel P. Huntington —el uno con *Las etapas del desarrollo económico*, 1960, concibiendo como su contramodelo marxista toda desviación respecto al esquema de desarrollo histórico occidental industrial como una frustración o fracaso y como origen de una sociedad atípica e inferior; el segundo, con *El orden político en las sociedades en cambio*, 1968, planteando la diferencia de ritmos entre desarrollo económico y estabilidad política, sin que la segunda haya de ser necesaria consecuencia del primero, y lo determinante de los contextos culturales e históricos en cada caso. La formalización del campo de estudios amparado bajo la denominación «política comparada» no se detendría ya por las discrepancias en torno al enfoque desarro-

G. DE VERGOTTINI, *Diritto Costituzionale Comparato*, Padua 1981 (hay traducción española de P. Lucas Verdú, Madrid, 1983); en España conozco el *Curso de Derecho constitucional comparado* de L. Sánchez Agesta, Madrid, 1963. El enfoque básicamente formalizador de esta especialidad comparativista reduce mucho su interés para las ciencias sociales.

28. Wiarda, 1991; 33 y ss. El libro de Macridis lo publicó Random House, Nueva York, y estuvo precedido por un ilustrativo artículo en el que revisaba las tendencias comparativistas en uso a comienzos de los años de 1950; R. C. MACRIDIS, «Research in comparative politics», *American Politics Science Review*, XXXVII; 1953; 641-75.

29. Wiarda, 1991; 39.

lista y, por el contrario, se consolidaría con la aparición de publicaciones especializadas como *Comparative Political Studies* en 1967 y *Comparative Politics* al año siguiente; sobre esa base el comparatismo en política se afirmaría también en Europa, donde han sido autores italianos los que desde fechas tempranas lo han cultivado más asiduamente<sup>30</sup>.

La institucionalización de una disciplina o de una estrategia de investigación no supone, lógicamente, ni la uniformidad en su aplicación ni la ausencia de problemas. La *comparative politics* no sólo no ha sido nunca una «escuela monolítica», sino que engloba en este momento un pluralismo metodológico que algunos tienen por «tremendo»<sup>31</sup>. Y lo que es más, muchos de sus cultivadores se van dejando ganar por el escepticismo ante la quiebra del consenso sobre la naturaleza y objetivos de esta especialidad desde finales de la década de 1970. Uno de esos cultivadores ha equiparado la situación de los últimos años a la de una revolución fallida. La revolución habría sido la que hacia los sesenta habría roto con los esquemas formalistas y más geográficos que propiamente comparativos de la práctica heredada; tras más de una década de entusiastas proclamas y de intentos más o menos felices las dificultades inherentes a la aplicación del método, la discrepancia terminológica y la inclusión de criterios y fines polémicos y normativos habrían dejado muy mermadas las ilusiones iniciales. Por el contrario, los viejos usos «prerrevolucionarios» darían muestra de su vigor inspirando una parte sustancial (entre uno y dos tercios según los criterios) de los trabajos publicados en las dos revistas norteamericanas de política comparada, que albergarían así más contribuciones sobre estudios de un sólo país al viejo estilo, que de comparaciones<sup>32</sup>.

No se juzgue extemporánea esta correría por las vicisitudes de la política comparada, o por mejor decir, de sus prototipos norteamericanos, pues de ellas derivan elementos útiles para el desarrollo de la historia comparada, en medida similar al menos a lo que ocurre con la sociología de la modernización y los modelos de cambio que prescindieron y prescinden del Estado y de las prácticas e instituciones políticas en sus explicaciones. Aunque algún estudioso del desarrollismo comparativista plantease una excluyente dicotomía entre «enfoque básicamente histórico» y «enfoque básicamente comparado»<sup>33</sup>, con un cierto eco de lo que Boas expusiese a los antropólogos de finales del siglo XIX, y otros politólogos, dividiendo las concepciones de su disciplina en tres grandes grupos –teórica, comparatista e ideográfica– considere esta última como la de menor calado científico y distinta del trabajo del historiador sólo en la naturaleza de las fuentes y en la jerga especializada<sup>34</sup>, la política comparada, las dificultades para su desarrollo, demostraron la pertinencia del análisis histórico como parte de la información necesaria y elemento para explicaciones satisfactorias<sup>35</sup>. Igualmente, las reorientaciones de la política comparada desde el modelo simplista inicial «crecimiento económico + modernización social = democracia de tipo occidental», abriría un campo de cuestiones y problemas

30. V. p. ej. SARTORI: «La politica comparata: premesse e problemi», *Rivista Italiana di Scienza Politica*, I, 1971; 7-66. También Sartori y Morlino, 1991.

31. Wiarda, 1991; 35. Meyer, 1989; 13.

32. Meyer, 1989; 31.

33. SEYMOUR M. LIPSET: *The First New Nation: The United States in Historical and Comparative Perspective*. Norton Basic Books, Nueva York, 1963.

34. Panebianco, 1991; 143.

35. Heper, 1991; 195.

comunes con la historia. En esencia, la concepción inicialmente dominante en el desarrollismo comparado tenía un cuño decididamente uniformista y convergente, etnocéntrico en el fondo, que la política comparada no ha acabado de eliminar y que se halla igualmente presente en el tratamiento historiográfico de la modernización en sus distintas variantes dicotómicas (modelos que contemplan el desplazamiento de las pautas sociales en términos de polarización y que se remontan a la sociología del siglo pasado: solidaridad mecánica/solidaridad orgánica en Durkheim, comunidad/sociedad de Tönnies, etc.). El análisis histórico comparado puede mostrar no sólo lo ilusorio de la supuesta uniformidad que presidiría el final del proceso, sino la diversidad de determinantes políticos, estructurales y culturales recibidos del pasado y que pueden conformar la pluralidad de las vías de desarrollo. Y al mismo tiempo, induce a revisar algunas explicaciones muy corrientes en el propio modelo occidental, a la vista de las realidades socio-políticas de los países en desarrollo (por ejemplo, la relación entre revolución demográfica, urbanización a gran escala e industrialización a la luz de los casos en que los dos primeros procesos se han consumado sin que el último haya llegado a esbozarse; o el acoplamiento de una autoridad política moderna –con instituciones y burocracia de inspiración occidental– y autoridades tradicionales de ámbito local basadas en la adscripción de estatus y el clientelismo).

En último extremo, los escollos y titubeos del estudio comparado en las ciencias vecinas tiene para el historiador algún efecto reconfortante: no sería tanto su disciplina en sí la que se resiste al método comparado, sino la condición misma del método y la naturaleza de las ciencias sociales. Para el historiador las dificultades que el enfoque comparado plantea no son sólo epistemológicas, sino además prácticas por la necesidad de dominar solventemente el o los términos de comparación que se proponga utilizar<sup>36</sup>. Pero derivan sobre todo de una cierta lógica contradictoria: la especialización, el conocimiento a fondo de los casos estudiados parece ir en dirección contraria, en la medida en que tiende a primar lo original y singular, a la generalización que parece consustancial a la comparación; la profusión y precisión de detalles que permite la investigación monográfica empírica reduce el ámbito de la generalización y amplía el de la excepcionalidad. En cierto modo es verdad que la comparación tiende a sacrificar el contexto a las proposiciones generales<sup>37</sup>, y por norma general, los historiadores están más interesados y preparados para reconstruir empíricamente el contexto que para relativizarlo. En manera alguna deberán, consideraciones de este tipo, sin embargo, sugerir la postergación de la comparación; aunque sólo fuera porque parece un saludable antídoto al parroquialismo, pero también por una elemental exigencia epistemológica: descartado, como en otras ciencias sociales, el método experimental y limitada (por la escasez y fiabilidad de fuentes y otras circunstancias) la aplicación del estadístico, sólo el método comparado permite el control de las generalizaciones<sup>38</sup> en historia, y la historia no pasaría de ser ejercicio

36. Se trata de una reserva muy común, esgrimida también por los estudiosos de la literatura comparada. R. Mousnier la expresa de modo típico en estos términos: «Pour comparer de façon vraiment fuctueuse, il faudrait posséder une connaissance également approfondie des deux termes de la comparaison. C'est ce qui est presque impossible». Sin embargo, se muestra convencido, pese a todo, de que «la comparaison est bien nécessaire».

37. Sartori, 1991; 39.

38. Sartori, 1991; 25. Mattei y Pelassy, 1990; 15. Grew, 1990; 330.

de evocación si renunciara a generalizar. Asimismo, el enfoque comparativo induce a la conceptualización, a formalizar los conceptos usados en la descripción historiográfica y a hacer explícitas las comparaciones implícitas que suelen deslizarse en la argumentación. Así, por ejemplo, decir que un Estado, un sentimiento nacional, etc. fue «débil» obliga a precisar el concepto «fortaleza del Estado» y presentar cuál es el patrón de comparación en la dualidad «débil»/«fuerte». Y desde luego, utilizar la comparación es un excelente modo de captar las peculiaridades del caso estudiado<sup>39</sup> y establecer lo que sea específico y particular de él, contribuyendo además a hacer comprensibles las razones de esa originalidad<sup>40</sup>. Establecer estrategias de comparación adecuadas es, pues, un desafío metodológico que la historia no puede desatender y en el que no cabe desconocer la experiencia de disciplinas afines.

## BIBLIOGRAFÍA

- AXTMANM, R. A. (1993). «Society, globalization and the comparative method», en *History of the Human Sciences*, vol. 6, nº 2; 53-74.
- AT SMA, H. y BURGUIERE, A. (ed.) (1990). *Marc Bloch aujourd'hui. Histoire comparée & Sciences sociales*, Editions de l'École des Hautes études en Sciences Sociales, Paris.
- BELLAH, R. N. (1959). «Durkheim and History», en *American Sociological Review*, August, vol. 24, nº 4; 447-63.
- CARO BAROJA, J. (1949). *Análisis de la cultura. Etnología-Historia-Folklore*, C.S.I.C., Barcelona.
- DUMOULIN, O. (1990). «Changer l'histoire. Marché universitaire et innovation intellectuelle à l'époque de Marc Bloch», en Atsma y Burguière, 1990; 87-104.
- DURKHEIM, E. (1988) [1895]. *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias sociales*, Alianza, Madrid.
- EGGAN, F. (1954). «Social Anthropology and the method of controlled comparison», en *American Anthropologist*, vol. 56; 743-63. Reproducido en Llovera, 1975; 179-202.
- GANGEMI, G. (1991). «Genesi e sviluppi della comparazione: uno, nessuno o centomila metodi?», en Sartori y Morlino, 1991; 47-75.
- GOODY, J. (1990). «Marc Bloch and Social Anthropology» en Atsma y Burguière, 1990; 317-22.
- GREW, R. (1990). «On the current state of comparative studies», en Atsma y Burguière, 1990; 323-34.
- GUYARD, M.-F. (1957). *La literatura comparada*, Vergara, Barcelona.
- HEPER, M. H. «Transitions to Democracy Reconsidered. A Historical Perspective», en Rustow y Erickson, 191; 192-210.
- LEACH, E. R. (1968). «The Comparative Method in Anthropology». En D. SILLS, ed. *International Encyclopedia of the Social Sciences*, The Macmillan Co. & The Free, Nueva York; vol. 9, 339-44.
- (1975). «El método comparativo en Antropología», en Llovera, 1975; 167-178.
- LOWIE, R. (1971). *Histoire de l'Ethnologie classique. Des origines à la 2e. guerre mondiale*, Payot, Paris.

39. Atxmann, 193; 69.

40. Hay, sin duda, otras posibilidades del método comparado. Cf. p. ej. Grew, 1990; 328-29.

- LLOVERA, J. R. (ed.) (1975). *La Antropología como ciencia*, Anagrama, Barcelona.
- MATTEI, D. y PELASSY, D. (1990). *How compare nations, strategies in comparative politics*. Chatham House Publishers, Chatham Nueva Jersey.
- MAYER, L. C. (1989). *Redefining Comparative Politics. Promise Versus Performance*, Sage Publications, New Bury y Londres.
- MERCIER, P. (1969). *Historia de la antropología*, Península, Barcelona.
- MOUSNIER, R. (1985). «Quelques remarques pour une comparaison des monarchies absolues en Europa et en Asie». En IGLESIAS, C.; MOYA, C. y RODRÍGUEZ ZÚÑIGA (ed.) *Homenaje a José Antonio Maravall*, CIS, Madrid; III, 89-101.
- PANEBIANCO, A. (1991). «Comparazione e spiegazione», en Sartori y Morlino, 1991; 141-164.
- RUSTOW, D. A. y ERICKSON, K. P. (1991). *Comparative Political Dynamics. Global research perspectives*. Harper Collins, Nueva York.
- SARTORI G. (1991). «Comparazione e metodo comparato», en Sartori y Morlini, 1991; 25-45.
- SARTORI, G. y MORLINO, L. (ed.) (1991). *La comparazione nelle scienze sociali*, Il Mulino, Bologna.
- TARDITS, C. (1990). «L'invitation au comparatisme. Marc Bloch et les anthropologues», en Atsma y burgière, 1990; 135-46.
- THRUPP, S. (1957). «The Role of Comparison in the Development of Economic History», en *Journal of Economic History*, Dic., 17 (44).
- VALENSI, L. (1990). «Retour d'Orient. De quelques usages du comparatisme en histoire», en Atsma y Burguière, 1990; 307-316.
- WIARDA, H. J. (1991). «Concepts and Models in Comparative politics: Political Development Reconsidered –and Its Alternatives», en Rustow y Erickson, 1991; 32-53.